El libro de Apocalipsis – Capitulo 22

La nueva Jerusalén

El capítulo 22 del libro de Apocalipsis describe una visión final de la Nueva Jerusalén, un lugar donde fluye un río limpio de agua de vida, transparente como cristal, que brota del trono de Dios y del Cordero. Este río atraviesa la ciudad por su calle principal, simbolizando la presencia constante y viva de Dios entre su pueblo.

En medio de la ciudad se encuentra el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto. Sus hojas son destinadas a la sanidad de las naciones, un símbolo de restauración total y permanente para la humanidad. Este detalle refleja la idea de un mundo donde la vida y la salud no están limitadas, sino disponibles para todos.

En esta ciudad perfecta, ya no existirá maldición alguna. El trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán y contemplarán su rostro. Además, el nombre de Dios estará escrito en las frentes de los habitantes, lo cual representa una relación íntima y directa con Él. Esta cercanía espiritual es uno de los elementos más profundos de la visión, pues indica una comunión sin barreras.

La ciudad tampoco necesitará luz de lámpara ni del sol, porque el Señor mismo iluminará todo con su presencia. Esta luz eterna es un símbolo de perfección, ausencia de oscuridad y de todo lo que pueda causar temor o confusión. Los habitantes reinarán por los siglos de los siglos, lo que indica una vida sin fin en la presencia de Dios.

Finalmente, las palabras del capítulo 22 son consideradas

fieles y se refieren directamente a la Nueva Jerusalén. Se presenta como una promesa segura, una esperanza definitiva para los creyentes, que confirma la culminación del plan divino de redención y restauración.

La venida de Cristo está cerca

El libro de Apocalipsis también enfatiza que las visiones mostradas por el ángel a Juan no son eventos lejanos, sino cosas que deben suceder pronto. Se afirma que el Señor Dios de los espíritus de los profetas envió a su ángel para revelar estas realidades a sus siervos. Se destaca además que quien guarda las palabras de la profecía de este libro será bienaventurado, es decir, recibirá una bendición especial por mantener y obedecer este mensaje.

Juan, al escuchar y ver estas revelaciones, se postró para adorar a los pies del ángel. Sin embargo, el ángel lo corrigió, recordándole que él también es un siervo, al igual que Juan y los demás profetas, y que la adoración debe dirigirse únicamente a Dios. Esta escena refuerza la idea de que incluso los mensajeros divinos no deben ser objeto de culto, sino que deben conducir al ser humano hacia la adoración verdadera.

El ángel instruye además a Juan a no sellar las palabras de la profecía, porque el tiempo está cerca. Este llamado enfatiza la urgencia del mensaje, invitando a la humanidad a estar preparada. Se afirma que el injusto seguirá en su injusticia y el justo continuará practicando la justicia, mostrando que cada persona debe permanecer firme en su conducta y fe.

Jesús mismo declara que viene pronto, trayendo consigo el galardón para recompensar a cada uno según sus obras. Se identifica como el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último, mostrando su eternidad y autoridad absoluta sobre la historia. Esta declaración reafirma su papel central en el plan divino y su regreso como juez y rey.

Se describe que los bienaventurados son aquellos que lavan sus ropas para tener derecho al árbol de la vida y poder entrar por las puertas de la ciudad. En contraste, aquellos que viven en pecado —como los perros, hechiceros, fornicarios, homicidas, idólatras y quienes aman y practican la mentira— estarán fuera de la ciudad. Este contraste destaca la pureza y la santidad necesarias para entrar en la Nueva Jerusalén.

Jesús también se identifica como la raíz y el linaje de David, y como la estrella resplandeciente de la mañana. Además, el Espíritu y la esposa dicen “ven”, invitando a todos a acercarse. El que oye debe responder también “ven”, y quien tenga sed puede tomar gratuitamente del agua de la vida, un llamado abierto a la salvación y a la esperanza para todos.

Se advierte de manera solemne que si alguien añade o quita algo de las palabras de la profecía, Dios traerá sobre él las plagas descritas en el libro, o le quitará su parte en el libro de la vida y en la santa ciudad. Esta advertencia resalta la importancia de conservar íntegro el mensaje divino.

El mensaje concluye con la afirmación de que quien da testimonio de estas cosas asegura que ciertamente viene en breve. Finalmente, se cierra con una oración pidiendo que la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos, recordando que, en medio de las visiones y advertencias, la gracia divina permanece como la esperanza final para la humanidad.